

# LA AMARGA CASCARA

Estaba el otro día en Misa con un hijo mío de nueve años en un pueblo cercano a Madrid. Y ante el sermón del sacerdote (un hombre conservador que procura no comprometerse mucho, y que al hablar hace sus pinitos de moderada renovación) adoptamos dos actitudes distintas mi hijo y yo. A aquél le aburría el sermón, sin duda porque su lenguaje no era lo bastante acomodado a su nivel, y, por otro lado, tampoco se encontraba en el extremo contrario, y su música —que es lo que la mayoría escuchan de los sermones— no le sonaba bien.

Yo, en cambio, quedé sorprendido de cómo, sin darse cuenta, el elemento moderadamente conservador de la Iglesia va adquiriendo expresiones francamente abiertas, a las que solamente les falta la lógica de llegar a sus últimas consecuencias sin temor.

San Pablo utilizó para describir la Iglesia una comparación extraída del mundo pagano: la del cuerpo con sus diferentes miembros. En cambio, este sacerdote tomaba la imagen —algo más pedestre sin duda— de una naranja.

La naranja para él representaba a la Iglesia. Y la cáscara —la amarga cáscara—, que no se podía comer ni era lo más importante de esa fruta, representaba a la jerarquía y al clero. En cambio, la pulpa, lo bueno, éramos los cristianos. Esto último era lo importante y decisivo; lo otro —jerarquía y clero— era necesario, pero accidental, secundario, puesto que sólo está al servicio de lo más enjundioso, que es ser simple cristiano.

A mí la comparación, independientemente de su acierto literario, me parecía exacta. Y sólo le faltaba llegar a las consecuencias que yo he intentado en mis dos artículos anteriores, para proponer así un panorama renovado de ese gran organismo jurídico que hay que cambiar de arriba abajo, y al cual llamábamos Iglesia jerárquica.

Meditando sobre este pequeño hecho, reflexionaba sobre las raíces de esta situación que hemos tenido hasta ahora, y que está cambiando de forma decisiva. Porque lo que era dominio, empieza a convertirse en libertad; lo que era verticalidad, por la que todo venía de arriba, se convierte en horizontalidad de la cual surge la vida, que es lo fundamental en lo cristiano.

Y las raíces las vi en lo que, hace unos años, un célebre teólogo belga, el Padre Emile Mersch, escribió en dos libros que tuvieron un fuerte impacto en el mundo católico. En ellos partía de la idea de que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; y desarrollaba su punto de vista aplicándolo tanto a la vida en la comunidad como a la vida del cristiano.

De esta manera, lo que hacía este bueno pero poco perspicaz jesuita era canonizar el conservadurismo paralizador, elevando a categoría mística todo lo que era demasiado humano y defectuoso en la estructura de la Iglesia.

Se nos intentaba con ello convencer no de la realidad —por amarga que fuera—, sino de un sentido místico, idealista, de esta realidad, buscando un último sentido misterioso para justificar siempre la misma.

Así se justificaban providencialmente los excesos del Santo Oficio o las arbitrariedades de algunos obispos, o la obediencia ciega al sacerdote y confesor.

Pero hoy, que los cristianos vamos tomando en serio nuestro papel activo en la Iglesia creyendo que empezamos a alcanzar en ella nuestra mayoría de edad y nuestra madurez, difícilmente aceptamos esos nebulosos razonamientos haciendo una apelación mística y extraña.

La Iglesia la vemos de carne y hueso, como era el cuerpo de Cristo, que es la única imagen —sin ninguna añadidura mística— que emplea San Pablo para hablar de la misma.

Sabemos que el cuerpo humano está sujeto a todas las vicisitudes que cualquiera puede encontrar en su propia vida. Y el cuerpo de Cristo es tan sufriente y tan frágil como el nuestro: lo mismo que ha de ser la Iglesia.

La comparación del apóstol proviene de una fábula de Menenio Agripa, que se puede leer en Tito Livio (II, 32, 9-12), y que la aplica éste a la sociedad humana. Después de él, los escritores estoicos la utilizan constantemente. Y quien mejor la describió fue Dionisio de Halicarnaso, exponiéndola con estas

palabras: «Una república se parece a un cuerpo humano, porque está compuesta y consta de muchas partes, y ninguna de esas partes tiene la misma función o ejecuta los mismos servicios que las otras». Lo que es más curioso es la observación que hace este escritor clásico a propósito de algo que resulta ser el egocentrismo humano descrito en forma simbólica. En toda sociedad, cada uno se hace más importante que los demás: lo mismo que ocurriría en el cuerpo si a cada miembro se le dotase de percepción: «El pie diría que todo el cuerpo descansa sobre él, y las manos que ellas practican las artes, aseguran las provisiones y combaten con los enemigos; los hombros, que ellos llevan todas las cargas; la boca, que habla; la cabeza, que ve y oye... Pero la verdad es que todos y cada uno de estos miembros funcionan por la solidaridad que existe a través de la estructura que llamamos cuerpo.

Y eso mismo ocurre con la Iglesia: «Lo que Pablo quiere es ilustrar la multiplicidad en la unidad, la dependencia mutua de los miembros, la necesidad y honorabilidad de todos y su unión solidaria en una suerte común, a fin de dominar la tendencia, peligrosa para la comunidad, de buscar ciertos carismas privilegiados» (R. Schnackenburg, «El misterio de la Iglesia», Editorial Herder).

La Iglesia, si es algo, no puede ser nada más que solidaridad, y cuando el que manda pierde este sentido, la Iglesia se falsea; de la misma manera que todos los demás miembros deben contribuir a esta solidaridad, a este «apoyo mutuo», que es la esencia de todo desarrollo social humano, como descubrió Kropotkin.

Lo mismo que dice otro gran especialista bíblico católico, F. Amiot: el apólogo que usa San Pablo del cuerpo de Cristo «no es más que la noción de un cuerpo social cuyos miembros son solidarios» («Les idées maîtresses de Saint Paul»).

Pero por ningún concepto se trata de elevar a categoría mística todo esto. Porque esta imagen «parece problemático que se trate de una identificación mística» (R. Schnackenburg, o. c.).

La mejor prueba es que la palabra «místico», aplicada al cuerpo de Cristo, es una cosa tardía en la historia del cristianismo, y que generalmente se refería al sentido de «misterio sacramental». Por eso la expresión «cuerpo místico de Cristo» se aplicó primero a la Eucaristía —y no a la Iglesia—, y se hizo con el significado de «cuerpo sacramental de Cristo».

Cualquier otra elevación mística no hará nada más que trastornar el sentido libre y vital que se contiene en la comparación empleada por San Pablo. Es —para que se entienda mejor el absurdo— como si la imagen pedestre de la naranja de nuestro párroco español la elevásemos a consideración mística, y empezásemos a hacer deducciones misteriosas e idealistas, que convertirían el cristianismo en algo parecido a la religión de los cultos misteriosos de la *kabala*.

En el cristianismo cada vez se entiende todo más como solidaridad y comunión (la antigua «comunidad de los santos», tan mal explicada), y no como un sentido de la verticalidad y del jerarquismo que, para poder mantenerlo anacrónicamente en una época de cultura abierta, se inventó la extraña teoría del «cuerpo místico de Cristo», que antes hemos expuesto, y que ha pesado sobre nuestras mentes y actitudes evitando un pensamiento más espontáneo y realista en los cristianos.

Y no es que yo deseche totalmente esa expresión que el Concilio Vaticano II recuerda de pasada —aunque dándole mucha menos importancia que a la expresión «pueblo de Dios»—, sino que me resisto, con otros muchos especialistas católicos actuales, a darle un significado paralizador, evasivista o idealista. E incluso opino que, con el tiempo, mejor sería dejarla arrumbada, como ha ocurrido con otras expresiones religiosas que han sido olvidadas.

De ahí que, tras descubrir este nuevo realismo en la Iglesia, «el clero —a todos sus niveles— no tendrá ya en el porvenir un lugar, como si fuese lo más natural, entre las capas sociales elevadas y privilegiadas; porque, en tanto que clero, terminará por no ser de ahora en adelante un *status social*, en el sentido sociológico de la palabra, en el grado y modo como lo ha sido hasta ahora» (K. Rahner, S. J., «Mission et Grâce»).

La «amarga cáscara» quedará en un modesto sitio y accidental necesidad; sin más.

MIRET MAGDALENA